

Relaciones de los líderes del monacato antiguo con los altos funcionarios y con la alta sociedad del Imperio

J. M. BLÁZQUEZ

Universidad Complutense de Madrid

SUMMARY

We study in this article the relations and their character of the high magistracy from Late Roman Empire about monks in the region of Constantinople and Palestine. Also the relations of Melania, the younger, with the court at Constantinople; of Jerome with Pammaquius and the datos found in the History Lausiaca of Palladius and the West-Syrian Chronicles of the Seventh Century.

La aparición del monacato a partir de Antonio, que se retiró al desierto egipcio en torno al 270, es uno de los fenómenos más interesantes de la historia del cristianismo a lo largo de 2000 años¹. En el presente trabajo, el segundo que hemos dedicado al tema², examinamos las relaciones entre las grandes figuras del monacato antiguo oriental con los altos funcionarios de la administración y con las clases altas de la sociedad. Nuestra investigación toma como punto de partida la excelente obra de A. J. Festugière, *Les moines d'Orient*, I-IV, París 1961-1965.

¹ J. M. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid 1998, con toda la bibliografía menuda. P. Brown, *Society and the Holy in the Late Antiquity*, Londres 1982. Id., *La società e il sacro nella Tarda Antichità*, Londres 1982. D. Chitty, *The Desert a City*, Oxford 1966. R. Teja, *Emperadores, obispos y mujeres. Protagonistas del cristianismo antiguo*, Madrid 1999, con bibliografía. Sobre esta época: P. Brown, *El Mundo de la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid 1989. ID., *La formazione dell'Europa cristiana. Universalismo e diversità, 200-1000 D. C.*, Bari 1995. A. Cameron, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía, 395-600*, Barcelona 1998. A. Demandt, *Die spätantike, Römische Geschichte von Diokletian bis Justinian*, Munich 1989. A. H. M. Jones, *Il Tardo Impero Romano*, Milán 1973, 1974, 1966. E. Stein, J. R. Palenque, *Histoire du Bas-Empire, I-II*, París 1949, 1959. A. Cameron, *Storia dell'età tardoantica*, Milán 1992. Sobre la sociedad del Bajo Imperio: A. Giardina (ed.), *Società romana e Impero Tardoantico, I-IV*, Roma. Bari 1986. A. Carandini et alii (eds.), *Storia di Roma, III. L'età tardoantica, 1. Crisi e trasformazioni; 2, I luoghi e le culture*, Turín 1993. K. Weitzmann (ed.), *Age of Spirituality. Late Antique and Early Christian Art. Third to Seventh Century*, Princeton 1972.

² J. M. Blázquez, "Relaciones de los grandes ascetas de finales de la Antigüedad con las altas magistraturas del Estado", *Tempus implendi promissa*, Pamplona 2000, pp. 69-85.

Las vidas de los antiguos monjes son documentos hagiográficos, por lo que deben ser tomados con mucha cautela, aunque no obstante, en nuestra opinión, conservan un fondo de realidad. En ellas no se describen las lacras del monacato, sino que, con motivo de biografíar a las figuras más destacadas, sus vidas se proponen como modelos a seguir.

Los monjes frecuentemente mantuvieron relaciones con altos funcionarios y con las capas superiores de la sociedad de su tiempo, ya que estos ascetas no siempre vivían aislados en los desiertos o monasterios, sino que estaban en contacto con el pueblo que acudía a ellos para pedirles consejo, en muy diferentes asuntos, a pedirles favores tangibles (ayuda económica) o solicitar curación. Los altos funcionarios del Imperio, y en algunos casos el propio emperador, acudían a ellos.

I. ASCETAS EN LA REGIÓN DE CONSTANTINOPLA

Hypatios

En la *Vida de Hypatios* (366-446), frigio de origen, redactada por Calínico, se narra (*V. Hyp.* 60, 10-30) el licenciamiento de un soldado por intervención directa del emperador Arcadio (383-408). Un soldado de Constantinopla, de origen armenio, llamado Jonás, quiso licenciarse del ejército alegando una orden divina. El tribuno de la cohorte se lo negó, a pesar de las reiteradas peticiones cursadas. Un día el soldado se acercó al emperador, Arcadio, y le dijo: «Hasta hoy he servido a su Majestad, pero a partir hoy mismo, soy servidor de Cristo. Ordena que sea licenciado. Si no, tú eres libre de quemar a tu esclavo, con esta madera que yo te traigo. Yo no puedo obrar de otro modo». El emperador ordenó que pudiera abandonar el ejército. El soldado dejó la ciudad y marchó a la montaña, no lejos de una iglesia, y construyó una cabaña. Arcadio, como jefe supremo del ejército, ejerció en esta ocasión su potestad y por razones religiosas liberó al soldado del servicio militar.

Un día que Hypatios estaba necesitado de víveres, marchó a la ciudad a vender el producto de su trabajo y a provisionarse de lo necesario (*V. Hyp.* 67. 20-25). Una mujer cristiana muy rica, pasando por el lugar, dirigiendo una plegaria a los Santos Apóstoles se enteró de que había un monje en el monasterio. Dejando a sus esclavos fuera, entró sola y quiso tentar al asceta. Ella era una diaconisa muy versada en la ascesis. Se arrojó a los pies del monje suplicando: «Discípulo de Cristo, bendíceme y recíbeme para que yo viva en compañía tuya». Hypatios, enfurecido, dio un enorme grito y la habló así: «Atrás, Satanás. Tú vienes aquí a obligarme

a huir. No me quedaré mucho tiempo. Quédate a tu antojo». La diaconisa, haciendo una señal a los esclavos, le dijo: «Yo te he probado para saber si tú eres un verdadero monje. Métete en tu celda, y ruega por mí». En esta narración se describe, pues, la visita de una dama muy rica a Hypatios, que la rechazó, pues los monjes no debían aceptar trato alguno con mujeres. La mujer le socorrió en sus necesidades, a él y a otros tres monjes necesitados de alimentos.

En otra ocasión (*V. Hyp.* 70, 25-30) conociendo Hypatios que a los monjes les faltaba lo más elemental para su supervivencia, pidió auxilio a los cristianos ricos, solicitando víveres. Y así lo hicieron. De este modo, el prestigio de Hypatios sirvió para mover las conciencias de los nobles y bien acomodados de la región.

Una narración de la *Vida de Hypatios* (*V. Hyp.* 78, 10-30; 79, 1-20) cuenta un suceso en el que interviene un ex-cónsul. Cuatro esclavos del ex-cónsul Monaxios —personaje de alta sociedad y de brillante carrera³, pues fue cónsul ordinario en 419, *praefectus Urbis* en 408-409, *praefectus praetorio* en 412, 414, 416-420— se retiraron a un monasterio con intención de hacerse monjes. Hypatios los recibió y los hizo monjes. Monaxios, muy indignado, utilizando la posta, envió a buscarlos, pues a uno de ellos, con el que mantenía lazos familiares y al cual había dado una buena educación, le tenía gran afecto. Monaxios, después, cogiendo a uno de sus esclavos, llamado Pablo, le puso grilletes y lo encarceló bajo vigilancia de un soldado. En mitad de la noche, un ángel se apareció a él, rompiendo las cadenas. Le abrió la puerta de la prisión, diciéndole: «Vete, estás salvo». Libre ya este esclavo, marchó al monasterio donde se había refugiado sus compañeros, situado en un lugar desconocido para Monaxios. Cuando se enteró del lugar, envió un mensaje tajante a Hypatios: «Enviadme mis esclavos». El asceta respondió al mensajero: «Decid a vuestro amo: Yo no se los quito a Dios para enviarlos a ti. Son de Dios, ya que se han refugiado junto a él». Monaxios, que quedó perplejo por la respuesta, envió a unos sacerdotes a Hypatios, con el mensaje de que éste fuera a ver personalmente al noble. Ya en su presencia, le acusó por el problema de los esclavos, y le echó un largo discurso en el que insistía que debía devolvérselos. Hypatios le contestó: «Si miras con ojos humanos, son tus esclavos; si no miras con ojos humanos, no son tus esclavos sino tus compañeros en esclavitud». Monaxios, admirado, pidió a Hypa-

³ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, I. A. D. 260-395, Cambridge 1971, 608.

tios que rogara por él y que bendijera a su casa y a sus hijos. Los esclavos quedaron en el monasterio. En esta narración, fantástica en algún punto, como la aparición de un ángel a un encarcelado, que recuerda un conocido pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (16, 22), se describe la huida de unos esclavos y la oposición de un alto funcionario a aquella decisión, aunque terminó por ceder. Otras veces los esclavos se hacían monjes por sugerencia de sus dueños, como cuando Melania la Joven (384-432) y su esposo Piniano fundaron dos monasterios en África con sus esclavos (*V. Mel.* 22). Monaxios debía ser cristiano y no se opuso finalmente al deseo de los esclavos, y obedeció la indicación de Hypatios, lo que indica el gran poder de persuasión del asceta sobre una autoridad importante del aparato administrativo imperial.

Un caso distinto es la relación de Hypatios con Leontios⁴, prefecto de Constantinopla en 434-435. El prefecto intentó restaurar los juegos olímpicos en el teatro de Calcedonia (*V. Hyp.* 107, 25-109, 1-15), que Constantino y sus sucesores habían suprimido⁵. Cuando Hypatios se enteró, con gemidos y lágrimas gritó a Dios que la idolatría había rebrotado de nuevo y que no lo permitiese. Se hizo acompañar por veinte monjes que aseguraron no tener miedo a la muerte. Se presentaron al obispo, quien les dijo que aquél era un asunto que le concernía a él, y que estuvieran tranquilos. Hypatios le contó su plan que consistía en lo siguiente: cuando el prefecto presidiera los juegos, entrarían en el teatro con una multitud de monjes, arrojaría al prefecto desde lo alto de su asiento y moriría por Cristo, antes que permitir que hubiera tal fiesta. En otras ocasiones el obispo había insultado y despreciado a Hypatios, quien acudió al archimandrita pidiendo ayuda. Al enterarse el prefecto de que los monjes intentaban impedir la celebración de los juegos, fingió una enfermedad y desistió de su proyecto. El obispo Eusebio honró y reverencio a Hypatios. Los juegos olímpicos eran en principio rituales en honor de los dioses⁶. En

⁴ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.* vol. I, 503

⁵ R. Teja, «Los juegos de anfiteatro y el cristianismo», *Coloquio internacional El Anfiteatro en la Hispania Romana*, Badajoz 1994, pp. 69-78. En el año 394 prohibió Teodosio I a los gobernadores asistir a los juegos, salvo en caso de un aniversario imperial (*C. Th.* XCV, 5. 2). La última olimpiada conocida es del año 385. Sobre la pervivencia pagana todavía a finales del siglo IV: J. M. Blázquez, «La vida estudiantil en Beyruth y Alejandría a final del siglo V según la *Vida de Severo* de Zacarías Escolástico. Paganos y cristianos (1)», *Gerión* 16, 1998, 415-436.

⁶ J. M. Blázquez, «El origen funerario de los juegos olímpicos», *Revista de Arqueología*, XII, 1992, pp. 28-39. H. Bengtson, *Die Olympische Spiele in der Antike*, Zurich

el teatro, anfiteatro y circo había juego y rituales en honor de la triada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva) según indican las Leyes de Urso (70) del 44 a. C., colonia hispana fundada por César, aunque puesta en marcha después de la muerte del dictador. Debido a este carácter religioso los autores cristianos arremetieron contra ellos con frecuencia. Ya Novaciano, sacerdote de Roma en el siglo III, escribió un tratado *De spectaculis*, y un segundo, con el mismo título, fue escrito por Tertuliano hacia el año 197. Juan Crisóstomo redactó en el año 399 un sermón *Contra los juegos circenses y el teatro*.

El juicio que estos juegos merecían a los cristianos está recogido en la *Vida de Hypatios* al concluir la narración de este episodio puesto en boca de Eusebio, que estaba perfectamente informado de todo. Según este personaje, lo que afirmó también Juan Crisóstomo, los espectáculos públicos paganos eran fiestas de Satanás. Eran consideradas fiestas idólatras y para los cristianos eran una ocasión de dar un mal paso de perdición, pero también para poner a prueba su virtud.

Señala Calínico que estos juegos había sido prohibidos por Constantino y otros emperadores posteriores, pero esta prohibición no se cumplía, pues eran presididos por el prefecto, como sucedió un siglo después de Constantino en una ciudad como Calcedonia. También es digno de señalarse que el obispo estaba en malas relaciones con Hypatios, lo que es chocante. Lo normal es que las relaciones entre ascetas y obispos fueran buenas. El mismo monacato era una cantera de obispos.

Daniel el estilita

En la *Vida de Daniel el estilita* (409-493), de autor anónimo, llamado así por vivir sobre una columna⁷, nacido en Samosata, en Mesopota-

1971. L. Ders, *Der Ursprung der Olympischer Spiele*, Stuttgart 1962. A. Mousset, *Olimpie et les jeux grecs*, París 1960. C. Paleólogos, *Birth, Stablishment and Development of the Olympic Games*, Atenas 1962. S. Segura, *Los juegos olímpicos. Educación, deporte, mitología y fiestas en la Antigua Grecia*, Madrid 1992. H. Schöbel, *Olimpia y sus juegos*, México 1968. J. Swaddling, *The Ancient Olympic Games*, Londres 1980. F. García Romero, *Los juegos olímpicos y el deporte en Grecia*, Sabadell 1992. E. Sparazi, *El espíritu olímpico*, Atenas 1992.

⁷ H. C. Butler, *Early Churches in Syria. Fourth to Seventh Centuries*, Amsterdam 1969. H. Stierlin, *Orient Byzantin. De Constantinople à l'Arménie et de Syrie à Ethiopie*, Friburgo 1988, pp. 38-54. M. Zibawi, *Orienti. Cristiani. Senso e storia de un'arte tra Bi-*

mia, se lee una relación más intensa entre el monje y los altos cargos imperiales. En esta vida se dan más datos que en la de Hypatios acerca de las relaciones entre el biografiado y los altos cargos de la administración del Imperio y las altas capas sociales. Cuando se estaba preparando la columna con ayuda de su hermano —cuyo sobrenombre era también Daniel—, en la que iba a pasar toda su vida, los guardianes (*V. Dan. St.* 26, 20-36) de la viña situada en un campo próximo que era propiedad de Gelanios, intendente de la mesa real, es decir, el *castrensis*, que es el segundo grado de subordinación del *praefectus sacri cubiculi*, y que venía después del *primicerius*, delante del *comes sacrae vestis*, del emperador León I (457-474), corrieron a él y le interrogaron. Gelanios se oponía a que se levantaran la columna próxima a su propiedad. Los compañeros de Daniel le amenazaron con acudir al emperador León I, ya que el terreno estaba separado de su propiedad (*V. Dan. St.* 28). Finalmente dio su consentimiento, al ver al asceta descender con los pies llenos de úlceras. Es interesante la oposición de Gelanios, pensando, sin duda, en la multitud de las gentes que iba a visitar al asceta y que dañaría gravemente la viña.

Uno de estos visitantes llegaba de Tracia. Se llama Sergio (*V. Dan. St.* 27, 1), y era abogado de profesión. Llevaba al asceta a su único hijo, aún muchacho, atormentado por un demonio cruel. Daniel lo curó dándole a beber el óleo de los santos. Los ascetas solían utilizar el óleo santo en las curaciones. De ello hay constancia en varios casos en estas vidas de ascetas. El óleo lo proporcionaba el asceta o un sacerdote para sanar (*V. Hyp.* 62, 23 ss. ; 68, 26-27; *H. Mon.* 1, 70 ss.) Las enfermedades más diversas se atribuían a la intervención diabólica, como en tiempos de Cristo. La mayoría de estas enfermedades eran de carácter psíquico y se curaban fácilmente (*V. Dan. St.* 29-30, 1).

Todo tipo de altos dignatarios visitaban a los ascetas en demanda de su ayuda, material o espiritual. A Daniel el estilita fue visitado en una ocasión por Ciro, ex-cónsul, en 441. Este noble fue *praefectus Urbis* en-

sanzio e l'Islam, Milán 1995, pp. 47-100. I. Peña, *El arte cristiano de la Siria bizantina*, Madrid 1995. Y. Hirschfeld, *The Judaean Desert Monasteries in the Byzantine Period*, New Haven 1992. A. Voilns, *A History of the Ascetism on the Syrian Orient*, I-II, Lovaina 1958, 1960. I. Peña et alii, *Les cénobites syriens*, Milán 1983. J. Binns, *Ascetics and Ambassadors of Christ. The Monasteries of Palestine, 314-641*, Oxford 1999. P. Canivet, *Le Monachisme Syrien selon Théodore de Cyr*, París 1977. P. Donceel-Voûte, *Les pavements des églises byzantines de Syrie et du Liban*, Lovaina 1988.

tre los años 438 y 441, *praefectus praetorio Orientis* del 439 al 441; fue amigo personal de Eudocia, la esposa de Teodosio II (408-450). Partida la emperatriz hacia Jerusalem, fue víctima de una conspiración, y fue desterrado como obispo a la aldea de Kotyaeum en Frigia⁸. La maquinación procedía de Chrysaphios, que era *spatarios*⁹ que antes había ocupado el puesto de *primicerius sacri cubiculi*, y que era un influyente eunuco de la corte de Teodosio II. Cedió de momento para no ser condenado a muerte. Muerto Teodosio II, abandonó la dignidad eclesiástica, quedando como laico. Repartió su capital entre los pobres. La causa de su visita a Daniel fue similar a la anterior. Su hija Alexandria estaba atormentada por un demonio que fue expulsado por intervención del estilita (31). Otras visitas a Daniel de altas personalidades fueron frecuentes (*V. Dan. St.* 33). Gelanios, acompañado por un gran cortejo, fue a visitarle, cuando el asceta pasaba de una columna a otra más alta, lo que hizo con gran pompa y escolta (*V. Dan. St.* 34), lo que prueba su gran popularidad. Gelanio contó las curaciones obradas por Daniel el estilita al emperador y a los grandes de la corte que estaban interesados en las actuaciones de los líderes del ascetismo, como queda demostrado por la visita que hizo a Daniel el estilita la misma emperatriz Eudoxia I, la esposa de Arcadio, hija de Teodosio II y de Eudocia, esposa de Valentiniano III (425-455), a su retorno de África en el año 462. Eudoxia II oyó en Constantinopla hablar del asceta a su yerno Anicio Olibrio¹⁰, que fue cónsul en 395, conducido a África por el rey vándalo Genserico después del saqueo de Roma en 455, casado con Plácida en 472 y emperador de Occidente durante siete meses en 472. La emperatriz quería su bendición en agradecimiento por la profecía que sobre su feliz retorno de África había hecho al asceta. Le invitó a pasar a sus propiedades, lo cual Daniel rechazó. Se complació la emperatriz en hacerle algunos regalos, pues los mismos emperadores estaban interesados en mantener contactos con las grandes figuras del ascetismo y frecuentaban su trato.

El citado Ciro (*V. Dan. St.* 36), en agradecimiento por haber curado Daniel a su hijo, mandó grabar una inscripción sobre una columna con el siguiente texto: «A medio camino entre la tierra y el cielo, hay un hom-

⁸ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, II. A. D. 395-527, Cambridge 1980, 237-238.

⁹ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.* vol. II, 297-298.

¹⁰ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.* vol. II, 639-640.

bre que no teme a los vientos que soplan de todos lados. Se llama Daniel. Rivaliza con el gran Simeón. Ha fijado sus pies en una columna. Su único alimento es el hambre de manjares celestes, y la sed de cosas no carnales. Él proclama al Hijo de la Virgen María». El propio emperador León I visitó a Daniel el estilita (*V. Dan. St. 44*) solicitando su bendición y que le permitiera tocar sus pies llenos de úlceras. Al ver las heridas le pidió permiso para levantarle una doble columna, a donde pasó. El obispo y toda la gente de los alrededores fueron a contemplar el acontecimiento. La presencia del emperador, del obispo y del pueblo indican bien el gran prestigio de que gozaban algunos de estos grandes ascetas, fundamentado no sólo en el tipo de vida austera que llevaban y en las curaciones que se les atribuía, sino también en los acontecimientos que profetizaban, como el incendio del 465, que comunicó al arzobispo Gennadios y al emperador, invitándoles a hacer súplicas (*V. Dan. St. 41*).

La ciudad fue destruida por un incendio (*V. Dan. St. 45*). La mayoría de los habitantes acudían al asceta con súplicas. A todos consolaba Daniel en la catástrofe. El emperador León acudió junto a su esposa a ver al asceta (*V. Dan. St. 46*). Sobrevino también una gran tormenta de tal fuerza que amenazaba derribar las columnas (*V. Dan. St. 47*). El interés del emperador por el asceta quedó bien patente en el hecho de enviar al cubiculario Andrés a informarse si Daniel había recibido daño alguno.

La mandra de Daniel era lugar de refugio, a donde acudió el general Jordanes, hijo del vándalo Juan, nombrado en 441 *magister militum*, que en aquella ocasión era conde de las caballerizas imperiales, huyendo del castigo por haber caído del caballo el emperador León cuando volvía de visitar a Daniel. Durante la permanencia de Jordanes en la mandra, Daniel logró que el general abandonara el arrianismo, que contaba aún con fieles, a pesar de la condena de esta herejía en tiempos de Teodosio I¹¹. Daniel se interesó por el accidente de León, que le envió al *primicerius sacri cubiculi*, de nombre Kalapodios a informarle acerca de estos sucesos. León tenía tal estima de Daniel (*V. Dan. St. 50*) que construyó un palacio próximo a la iglesia de San Miguel, y pasaba la mayoría de los días junto a él. Cuando le veía, descabalgaba de su caballo y no montaba el animal hasta que perdía de vista al asceta.

¹¹ El arrianismo se prohibió en el concilio de Constantinopla, 381, por la presión de Graciano y de Teodosio; y en el concilio de Aquileya, del mismo año.

Estos grandes líderes del ascetismo cristiano arbitraban las diferencias entre reyes, debido a su gran prestigio, que no sólo se extendía a cuestiones de salud o a problemas del espíritu. León I y Goubazios, rey de los lazi, pueblo de la Cólquida, acudieron al asceta para solucionar problemas de Estado.

El emperador Marciano (450-457) atacó en 456 la Cólquida y obligó al rey Goubazios a abdicar o a admitir en matrimonio a su hija. El rey de los lazi prefirió abdicar y marchó a Constantinopla para discutir los asuntos de Estado que habían surgido entre los dos reinos en el año 466, gobernando ya León I (4547-474). Los reyes acudieron a Daniel, quien encontró la solución oportuna. Goubazios, a partir de ese momento, pidió todos los años las oraciones del asceta hasta el día de su muerte (*V. Dan. St.* 51).

El interés del emperador León I por Daniel, debido a su prestigio religioso y a los favores que le concede a todo el mundo, gentes nobles y humildes, queda bien patente en que después de una gran tormenta León hizo construir un dosel para proteger al asceta (*V. Dan. St.* 52-54). El biógrafo termina la narración afirmando que no llegaba extranjero, rey o embajador, que no enviara recado al asceta, y no cesaba de mostrar a todos sus combates ascéticos, indicando León I la alta estima que tenía hacia la figura de Daniel.

En la *Vida de Daniel* es posible encontrar algunas otras intervenciones del monje en asuntos de Estado. El rey de los vándalos, Genserico, planeaba apoderarse de Alejandría¹², lo que angustió mucho al empera-

¹² P. Brown, *Le culte des Saints. Son essor et sa fonction dans la chétienté latine*, París 1984. Traslado de reliquias en una litera tirada por mulas se representa en un mosaico de la iglesia superior de Huarté (Siria) datada entre los años 501/502 (M. A. Chippa, M. Zibawi, *L'Arte paleocristiana. Visione e Spazio dalle origini a Bisanzio*, Milán 1998, p. 265, lám. 101. P. Donceel-Voûte, *op. cit.* p. 106, fig. 75. Un relieve de Tréveris del s. VI representa magníficamente la introducción de unas reliquias en Constantinopla, con la procesión y la gente contemplando la llegada en las ventanas (W. F. Volbach, *Elfenbeinarbeiten der Spätantike und des frühen Mittelalters*, Maguncia 1976, pp. 95-96, lám. 76, 143). Se conservan varios relicarios, como uno en forma de copa cúbica adornado en sus lados con escenas del Juicio o de veneración (pastores; magos). Otros relicarios de plata, también con figuras en relieve, van decorados con Cristo coronado, con los cuatro ríos del Paraíso saliendo de la cruz, con candelabros y con santos. Unos proceden de Italia, otros del norte de África (A. Grabar, *L'età d'oro di Giustiniano. Della morte di Teodosio all'Islam*, Milán 1966, 306). Otros relicarios sirios, en H. B., «Altar Implements and liturgical objects», en K. Wetizmann, *op. cit.* p. 601, fig. 534, de Siria en torno al 400; con crismón, p. 634, fig. 573, de Siria, del s. VI, con inscripción; pp. 634-635, figs. 574, Siria-Palestina, de co-

dor, al senado de Constantinopla y a la ciudad (*V. Dan. St. 56*). El emperador envió al espartario Hylasios, eunuco, e informa a Daniel de los planes de Genserico. Le comunica al monje que el emperador tenía intención de enviar un ejército. El asceta dijo que se informara al emperador en el sentido de que ni Genserico ni sus hombres se apoderarían jamás de Alejandría. Hylasios transmitió el mensaje al emperador. En realidad, la flota imperial, en el año 468, a las órdenes de Basiliscos fue aniquilada. La profecía no se cumplió. En agradecimiento, León construyó para los ascetas y para los extranjeros un lugar de alejamiento, lo que Daniel rechazó. En cambio, pidió al emperador que le trajeran de Antioquía las reliquias de Simeón. Al final accedió el asceta a la construcción de una residencia (*V. Dan. St. 57*). Las reliquias de Simeón llegaron de Antioquía (*V. Dan. St. 58*). El emperador mandó que el arzobispo diera a conocer públicamente la llegada de las reliquias, que se colocarían en la iglesias del arcángel San Miguel, en Anaplous, por encontrarse en este lugar León I, quien envió un carruaje imperial para sí mismo, para el arzobispo, y para transportar las reliquias hasta el asceta. Un gentío apoyaba al arzobispo. Unos iban delante, otros detrás, y todos cantando salmos e himnos. Este párrafo describe magníficamente la importancia que tenían estas reliquias para la religiosidad del momento entre la cristiandad popular, entre los obispos y para el emperador.

Los altos jefes del ejército acudían también a los ascetas. Tal es el caso de un tal Tito (*V. Dan. St. 60*), hombre enérgico que vivía en la Galia. Era jefe de un batallón de hombres bien experimentados en la guerra. León le llamó y le honró con el título de conde, por si necesitaba en el futuro de sus servicios en caso de guerra. El emperador envió a Tito a Daniel para que rogara por su persona. Tito no se limitó a hacer de mensajero, sino que decidió hacerse él mismo asceta, y así lo comunicó a sus bucelarios, animándoles a que se quedaran con él si ése era su deseo. De ellos, dos soldados quedaron junto a Tito, entregándoles a los otros una fuerte suma de dinero. El emperador (*V. Dan. St. 61*) comunicó a Tito su deseo de que estuviera cerca de él. Daniel dijo a los mensajeros que comunicaran al emperador que él no necesitaba el auxilio de

mienzos del s. VIII con crucifixión (dos veces), y con bustos de 27 santos, con escenas de la Anunciación, de la Natividad, de la Crucifixión y la Anástasis. La escena del Calvario incluye las palabras dichas por Jesús en la cruz. Los santos son Demetrio, Eustacio, Laurencio, Lucas, Marcos, Tomás, Juan, etc. Este tipo de relicarios se vinculan generalmente con el área sirio-palestina.

Tito, lo que León I aceptó. En este suceso queda clara la libertad de expresión de Daniel en los asuntos del emperador, para quien las opiniones del asceta eran determinantes. León I visitaba personalmente a Daniel y a Tito (*V. Dan. St. 63*), visita que prueba una gran estima y veneración hacia los dos monjes. León I continuamente solicitaba oraciones de Daniel *V. Dan. St. 65*) al iniciar alguna empresa importante o peligrosa, como hizo al enviar al cónsul Zenón, casado con su hija Ariadna en 467, a sofocar la revuelta de Tracia. Después el mismo emperador, acompañado de un gran cortejo, visitó al asceta.

Daniel profetizó a León I los peligros de un complot contra él y la que iba a correr Zenón, saliendo ileso de ambas.

También profetizó Daniel (*V. Dan. St. 68*) a Zenón, coronado emperador a la muerte de León I, el intento de usurpación por parte de Basiliscos, de Armatus, de Marcianus, y de otros miembros del senado; su huida a Isauria con Ariadna, de donde volvería para ocupar de nuevo el trono alcanzando honores y glorias, y que moriría muy rico.

Basiliscos (*V. Dan. St. 70*) tomó una serie de medidas contra el Concilio de Calcedonia, y luego envió a Daniel un cubiculario (*V. Dan. St. 71*) para comunicarle que el arzobispo Acacio había tomado decisiones contra él, soliviantando a los monasterios y congregando a los monjes en Santa Sofía. Basiliscos negaba la encarnación de Dios. Daniel se negó a bendecirle. El cubiculario no se atrevió a llevar la noticia a Basiliscos, y le puso el mensaje por escrito. El suceso no acabó aquí; al contrario, se prolongó mucho en el tiempo, y en todo momento los interesados acudían a pedir consejo a Daniel, por su gran prestigio y por la importancia de su apoyo. El arzobispo Acacio envió a Daniel (*V. Dan. St. 72*) tres archimandritas: Abraham del monasterio de San Ciriaco; a Eusebio del vecino monasterio de la Exakiomón, a Athenodoro; y a un monje de Standros llamado Andrés, que era el segundo del exarca, una especie de visitador apostólico, con la orden de rogarle que le asistiera para defender la fe perseguida. Todo el pueblo se congregó en Santa Sofía para ver al asceta, y a aclamarlo, lo que confirma su prestigio popular y entre el clero (*V. Dan. St. 73*). Daniel le animó a no tener miedo y escribió una carta al emperador con exhortaciones y reproches. El emperador se marchó por mar a Hebdomón, a donde se dirigió acompañado de un gran cortejo de fieles.

El biógrafo de Daniel el estilita (*V. Dan. St. 74*) puntualiza que el asceta salió de la iglesia acompañado de una multitud de fieles, lo que prueba la admiración que se le profesaba. Incluso iba custodiado por una guardia militar de las *stationes militum praetorianorum*.

Basiliscos (*V. Dan. St. 76*), una vez que llegó a sus oídos la condena de Daniel, mandó a éste dos emisarios, hombres importantes que estaban siempre en torno al emperador, al que acompañaban continuamente en sus desplazamientos. Eran hombres de absoluta confianza y por esta razón se les encargaba comisiones importantes, como escribe A. J. Festugière al comentar este párrafo.

El prestigio de Daniel queda bien manifiesto en el hecho de que el mismo Basiliscos acudió al asceta para mostrar públicamente que éste no le mostraba rechazo. Ese rechazo, sin embargo, se produjo. El patricio Regalaiphos (*V. Dan. St. 80*), que contempló desde una ventana la insoportable presión que la masa del pueblo hacía sobre Daniel, bajó acompañado de hombres armados y le protegió de la muchedumbre. Daniel era un asceta de masas. Entrado en Constantinopla (*V. Dan. St. 82*) el monje, y conociendo el lugar secreto en el que estaba, el patricio Kerais le pidió que le alcanzara de Dios el tener un hijo. Basiliscos (*V. Dan. St. 83*) rogó a Daniel que acudiera a palacio, pero Daniel dijo que fuera Basiliscos quien acudiera a verle a Santa Sofía, donde le recibió delante de todo el pueblo. Basiliscos y el arzobispo Acacio se postraron a los pies del asceta. Éste les exhortó a vivir en paz y a renunciar a su mutua enemistad. Daniel aparece en este episodio como pacificador entre dos enemigos políticos. Después logró que Basiliscos (*V. Dan. St. 84*) hiciera profesión de ortodoxia. La actuación de los grandes ascetas estaba a favor de la ortodoxia como en este caso. A continuación Daniel (*V. Dan. St. 85*) profetizó la caída de Basiliscos y la vuelta de Zenón y de Ariadna.

El monje interviene también en un problema de usurpación del trono imperial en un asunto típicamente civil. Después profetizaría el asceta (*V. Dan. St. 91*), la muerte de Zenón y el reinado de Anastasio (491-518).

Se pedía permiso a Daniel en un asunto estrictamente religioso, de pequeña trascendencia. El cubiculario Kalepodios, que había construido un oratorio en honor del arcángel S. Miguel, acudió al asceta (*V. Dan. St. 89*) a pedirle permiso de llevar a los monjes al oratorio de Panthenópolis.

Anastasio, casado con la que fuera esposa de Zenón, Ariadna, dio una gran muestra de la estima que tenía la alta sociedad de su tiempo hacia Daniel (*V. Dan. St. 92*). Cuando murió Daniel y llegó a oídos de Anastasio la noticia, mandó levantar en su honor una gran tumba de mármol blanco de excelente calidad y de excelentes metales preciosos. También los gastos del funeral fueron por su cuenta. Se encendieron miles de cirios en esta ocasión, según su biógrafo.

II. MONJES DE PALESTINA

Eutimo

En la *Vida de San Eutimo* (377-473), escrita por Cirilo de Escitópolis, se leen también algunas noticias sobre las relaciones de Eutimo con los emperadores y con los altos funcionarios del estado o con gentes pertenecientes a la alta sociedad.

La emperatriz Eudocia (473-491) se desvió de la ortodoxia religiosa apoyando a los oposquistas, que eran los que se separaban de la iglesia y se hicieron monofisitas; combatió a los ortodoxos, y ganó para la causa monofisita a los monjes de Jerusalem y del desierto palestino. Recibió muchas cartas de su hermano Valerio y del yerno de su hija, Olibrio, empeñados en separarla de la comunión de los cutiquiastas y animándola a volver a la fe de la iglesia católica, principalmente a causa de sus males. Su yerno, Valentiniano II, había sido asesinado en Roma en 455. Su hijas —la emperatriz Eudoxia, y sus hijas Eudoxia y Placidia— había sido llevadas prisioneras desde Roma a África en 455 por el rey vándalo Genserico¹³. La emperatriz empezó a tener grandes dudas. Decidió frecuentar a los hombres inspirados por Dios y a conocer por ellos cuál era la verdadera fe. Envió al coreobispo Anastasio, con una parte de su séquito, a Antioquía a consultar a Simeón el estilita «que era una gran lumbrera e iluminaba toda la tierra», según escribía de él Cirilo de Escitópolis en su *Vida de Eutimo*. Por indicación de Simeón, fue al encuentro de Eutimo para pedirle consejo. Después se presentó la emperatriz, a la que aconsejó el asceta que aceptase las definiciones de los concilios de Nicea contra Arrio, de Constantinopla contra Macedonio, y el de Calcedonia, y que entrara en comunión con el obispo de Jerusalem, Juvenal. Los concilios ecuménicos en la Antigüedad no sirvieron para nada. El de Nicea no solucionó el problema arriano, sino que lo atizó. Fue liquidado por Teodosio I. Los pueblos bárbaros de Occidente eran arrianos como los visigodos hasta el III concilio de Toledo celebrado en 589. El concilio de Calcedonia, del año 454, dividió profundamente a la iglesia hasta hoy. La parte de mayor empuje en la iglesia, como Siria y Egipto, se separaron de la fe de Calcedonia.

¹³ M. E. Gil Egea, *África en tiempos vándalos*, Alcalá de Henares 1998, pp. 352-353.

En la anterior narración se describe la participación de los emperadores y emperatrices en las disputas cristológicas del momento, lo que muestra su gran preocupación por la religión, y también es exponente de la repercusión social, a todos los niveles, que tenían los líderes del monacato, que eran consultados acerca de temas de Estado. El mismo usurpador Basilisco escribió una encíclica contra el funesto concilio de Calcedonia (*V. Euth.* 62, 12).

Sabas

En la *Vida de San Sabas* (439-532), escrita por el mismo Cirilo de Escitópolis, se describen largamente las relaciones de Sabas con el emperador Anastasio (491-518). En el año 511 el arzobispo Helías planeó enviar a Constantinopla algunos higumenos, llama a Sabas y le pide que hiciera el viaje con ellos, y que luchara con todas sus fuerzas para que librara de toda turbación a las iglesias de Jerusalem, pues el emperador intentaba cambiar la arquitectura de las iglesias de Palestina. En esta ocasión se trata de la intromisión de Anastasio en un tema típicamente religioso, lo que muy frecuente en esta época. De hecho, los emperadores se veían obligados a ello por cuestiones políticas, intentando controlar el poder de la Iglesia. Las causas las describe Cirilo de Escitópolis, pintando magníficamente el panorama religioso y sus luchas feroces (*V. Sabas* 149-152). Helías tomó posesión de la silla pontifical de Jerusalem en el año 493-494. La iglesia de Jerusalem estaba revuelta por una triple división. Los obispos de Roma se querellaron contra Bizancio porque se habían colocado en los dípticos sagrados el nombre de Acacio, el antiguo obispo de Constantinopla, ya citado, que, según ellos, no se había portado de una manera correcta. Los obispos de Constantinopla echaban en cara a los de Alejandría que anatematizaban el concilio de Calcedonia, y que estaban en comunión con Dioscoro, depuesto en el concilio. Helías estaba en comunión con Eufemio, obispo de Constantinopla, mientras que los obispos de Occidente le habían excluido de su comunión.

Paladio, obispo de Antioquía, para complacer al emperador, había anatematizado las decisiones de Calcedonia y aceptó la comunión con los alejandrinos. A mitad del año 496, el emperador Anastasio depuso de su sede episcopal de Constantinopla a Eufemio, que había sancionado mediante un sínodo las decisiones de Calcedonia, y le calumnió. La deposición de Eufemio fue aprobada por los obispos de Alejandría y de Antio-

quía, pero sin la aquiescencia de Helías. A la muerte de Paladio, fue nombrado obispo de Antioquía Flaviano, a quien el emperador resolvió desterrar llevado de su odio a la ortodoxia, calumniándole. Expulsó también de su sede episcopal al obispo ortodoxo Macedonio y promovió en su lugar a Timoteo, en 511. El emperador se enfureció contra los dos obispos. Helías envió a Constantinopla a Sabas y a los otros higumenos ante esta situación catastrófica interna de la iglesia, en la que intervenía el emperador constantemente.

El emperador Anastasio se enfureció contra los patriarcas, Flaviano y Helías, y convocó en Sidón un concilio de todos los obispos de Anatolia y de Palestina, ordenando que presidieran el concilio Sotericos, obispo de Cesarea en Capadocia, y Filoxenos, obispo de Hierápolis, principales enemigos de las decisiones de Calcedonia y furiosos partidarios de Eutiques, de Dioscoro y de su heterodoxia.

Llegados Sabas y sus acompañantes a Constantinopla, fueron invitados a entrar en la sala del Consistorio de palacio, donde el emperador tenía las audiencias. Sabas iba mal vestido; se quedó el último del grupo y no le admitieron en la audiencia, hasta que los silenciarios le introdujeron en la sala. El emperador le recibió con señales de honor. Cada higumeno pidió alguna mejora para su monasterio. Sabas, por el contrario, solicitó, en nombre de la Ciudad Santa de Jerusalem y del arzobispo, que concediera la paz a las iglesias y dejara vivir tranquilamente al clero. El emperador, en respuesta, le dio mil monedas de oro, porque había oído que gobernaba muchos monasterios. Anastasio despachó a los higumenos a Palestina y mandó a Sabas que permaneciera en Constantinopla. Corría el año 511-512. La generosidad de los emperadores con la Iglesia era grande. Se sentían sus protectores y sus jefes en situaciones delicadas, para zanjar las disputas religiosas, para lo cual se sentían con autoridad (*V. Sabas* 139, 20-25-143, 1-15)

El emperador Anastasio llamó a Sabas para entrevistarse con él y hablar de la situación política de Oriente. Recordó el asceta que su arzobispo se había presentado como defensor del concilio de Calcedonia, que había condenado las tesis de Nestorio, y que ha motivado la revuelta de Flavio en Antioquía.

Las doctrinas de Calcedonia fueron condenadas por el concilio de Sidón. El emperador destituyó al arzobispo que intentó evitar las discusiones teológicas. Sabas defendió el proceder y las doctrinas de su obispo y convenció al emperador para que no tomara decisiones drásticas en su contra (*V. Sabas* 141, 15-25-144)

Sabas también visitó a la emperatriz Ariadna, y la exhortó a permanecer fiel a la fe de su padre, el emperador León I. El asceta se fue a vivir al suburbio de Rufino. Allí fue visitado por la patricia Juliana, nieta del emperador Valentiniano, y por Anastasia, esposa del patricio Pompeo. Le ofrecían sus homenajes y gozaban de sus enseñanzas (*V. Sabas* 145, 1-10).

Los monjes fomentaban el trato doctrinal con las mujeres¹⁴, siguiendo, decían, el ejemplo de Jesús. En efecto, en los relatos evangélicos Jesús aparece a menudo rodeado de mujeres, como María Magdalena; María de Betania y Marta, hermanas de Lázaro, a las que amaba Jesús y cuya casa era frecuentada por el maestro; María, la madre de Santiago, que como otras mujeres procedentes de Galilea le servían y asistían con sus bienes (*Mt.* 27, 55; *Mc.* 15, 40-47); María de Cleofás, que podría ser la misma anterior; María la madre de Juan, y otras. Jesús fue acusado de acercarse a las rameras.

Sabas tuvo una tercera entrevista con el emperador con motivo de Jerusalén¹⁵. Alaba el asceta a Anastasio por haber suprimido, hacía ya 30

¹⁴ G. Clark, *The Life of Melania the Younger*, Lewinston 1984. ID., *Women in Late Antiquity*, Oxford 1993. ID., *Ascetic Piety and Womens Faith. Essay on Late Ancient Christianity*, Lewinston-Toronto 1986. ID., «Ideology, History and The Construction of Woman», en *Late Ancient Christianity. Journal of Early Christian Studies* 2, 1984, pp. 155-184. E. Giannelli *La tipologia femminile nella biografia e nell'autobiografia cristiana del IV secolo*, Roma 1990. Sobre Melania la Vieja: F. X. Murphy, «Melania the Elder. A Biographical Note», *Traditio* 5, 1947, pp. 59-97. Sobre Melania la Joven: J. M. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios a finales de la Antigüedad*, pp. 288-344, 366-413. A. Giardina, «Melania, la santa», en A. Fraschetti, *Roma al femminile*, Roma-Bari 1994, pp. 258-285. Sobre Macrina: E. Marotta, *Vita di Santa Macrina*, Roma 1989. M. Maraval, *Vie de Sainte Macrine*, París 1971. Sobre Olimpiade: A.-M. Malingrey, *Jean Chrysostome. Lettres à Olimpias*, París 1968. F. Fabricco, *Giovanni Crisostomo. Lettere à Olimpiade*, Turín 1996. R. Teja, *Olimpiade. La diaconessa*, Milán 1997. Sobre algunas damas de la corte imperial: S. Mazzarino, «Serena e le due Eudoxie», *Quaderni dell'Istituto di Studi Romani*, 7, 1946. R. Teja, «Mujeres hispanas en Oriente en época teodosiana», *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*, Salamanca 1997, pp. 275-284. Sobre el ascetismo femenino en Roma: M. Serrato, *Ascetismo femenino en Roma*, Cádiz 1993.

¹⁵ A. Ovadiah, «The Churches of Jerusalem in the Madaba Mosaic Map», en M. Piccirillo, E. Alliata (eds.), *The Madaba Map Centenary, 1897-1997*, Jerusalem 1999, pp. 252-254. Y. Tsafir, «The Holy City of Jerusalem in the Madaba Maps», *ibid.*, pp. 155-163. Sobre los santuarios de Jerusalem a finales del s. IV: A. Arce, *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*, Madrid 1980, pp. 256-324. Sobre las peregrinaciones: G. D. Hunt, *Holy Land Pilgrimage in the Late Roman Empire, AD 312-406*, Oxford 1972. P. Siniscalco, L. Scarpampi, *Pellegrinaggio in Terra Santa*, Roma 1985. P. Maraval, *Les Lieux Saints et pèlerinages d'Orient*, París 1985.

¹⁶ J. M. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios a final de la Antigüedad*, pp. 417-449.

años, el odioso impuesto del crisargiro¹⁶, llamado en lengua latina *auri lustratio collatio*, instaurado por Constantino hacia el año 314, y que gravaba a los comerciantes, a los artesanos y a las rameras. Anastasio lo suprimió en 498. En la entrevista suplicó Sabas al emperador que aliviara la *superflua discriptio*, la transferencia de las tierras incultas abandonadas por sus propietarios pobres y que pasaban a manos de los ricos, con la obligación de pagar los impuestos que gravaban estas tierras, como las que habían sido entregadas a Santa Anastasia a los *possessores* de Jerusalem. Este desgravamen debía ser el verdadero objeto de la visita de Sabas al emperador, un asunto material. Cirilo de Escitópolis (*V. Sabas* 146, 24-25-147, 1) con esta ocasión cuenta el origen de la *superflua discriptio*. Los *tractores* y *vindices* de las finanzas públicas de Palestina exigían de los pobres insolventes 100 libras de oro. Los *tractores* eran los directores de la administración fiscal de la prefectura del Oriente, creados en las últimas décadas del siglo V. Había uno por provincia. Los *vindices*, a las órdenes de los primeros, recogían materialmente los impuestos. Se repartieron las 100 libras de oro. Se solicitó la *superflua discriptio* para Santa Anastasia y otros lugares santos. El emperador aceptó la petición «por la santidad del anciano», como escribe el autor de la vida de Sabas. Era un favor personal otorgado por el gran prestigio de que disfrutaba Sabas. El emperador llamó al prefecto del pretorio, Zotikos¹⁷, antiguo *scrinarius*, empleado de las finanzas de la prefectura, y que en ese momento, el año 511-512, debió desempeñar el cargo de *numerarius* del *scrinium* del Oriente, el ministerio de finanzas. Le ordenó que el fisco palatino fuera aligerado de la *superflua discriptio*, Marinus, que era *magister* de los asuntos de Estado¹⁸, entró en la sala e impidió que el decreto aceptado en esta reunión tuviera pronta solución, argumentando que los habitantes de Jerusalem eran nestorianos y judíos, gentes indignas del poder imperial. Este retroceso formal refleja la debilidad del emperador en este asunto. Sabas se opuso a la postura de Marinus, a quien le profetizó que sería destituido de su puesto y que su casa sería destruida por un incendio. De hecho se trató de una profecía *post eventum* sucedida en el año 512, por presión de Anastasio, como comentó A. J. Festugière a propósito de este párrafo. Presionado por Marinus, el patriarca Timoteo in-

¹⁷ J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire, III. A. D. 527-641*, Cambridge 1992, p. 1421.

¹⁸ J. R. Martindale, *op. cit.* p. 831.

rodujo en el canto del Trisagio que se recitaba en Santa Sofía la frase de Pedro el batanero: «Crucificado por nosotros». Estalló un tumulto por este motivo. La masa de la población, excitada por las mujeres que seguían el Credo de Calcedonia, asesinaron a los monofisitas que encontraron, e incendiaron la casa de Marinos y del sobrino de Anastasio, Pompeo. Después de esta conversación, Sabas pidió a Anastasio permiso para retirarse a Palestina. El emperador le entregó 1000 sólidos áureos. La remisión fue acordada en parte bajo el reino de Justino (518-527), como resultado del envío de la *relatio ad principem* de Sabas y de otros higumenos. La condonación total del resto se logró por la intervención del sacerdote Eusebio, en tiempos de Justiniano (527-565) (*V. Sabas* 145, 15-147, 1-5).

Las relaciones de Sabas con el emperador no terminaron con los sucesos narrados, que indican cómo estos ascetas no estaban aislados de los problemas de sus iglesias. Describe facetas importantes de las relaciones Iglesia-Estado, como son las referentes al pago de contribuciones de la primera al Estado y la generosidad de los emperadores cuando los grandes líderes del ascetismo acudían con peticiones, y las intromisiones de los altos funcionarios del Imperio en la solución de estos problemas. Eran tiempos de agitación política y religiosa. Los acontecimientos se sucedían vertiginosamente y las distintas facciones de la Iglesia estaban enfrentadas unas con otras, con intervenciones directas del emperador. Los ingresos esporádicos que recibía la Iglesia de los emperadores, eran fabulosos. La Iglesia era un gran poder económico, con fuerte repercusión social. No todo eran luchas de los grandes ascetas por la fe, sino también por la bolsa.

Las luchas internas de los diferentes grupos de la Iglesia, bajo pretexto del dogma, continuaron durante mucho tiempo. Los patriarcas Flaviano de Antioquía y Helías, fueron a Sidón y remitieron al emperador una carta llena de halagos y de segundas intenciones. Son los mismos jefes de las iglesias los que continuamente acudían al emperador obligándole a tomar partido. Sotericos y Filoxenos obligaron al emperador a estallar de cólera bajo el pretexto de que se había abusado de él mediante maniobras fraudulentas y simuladas de los citados patriarcas. Distribuyeron grandes sumas de dinero entre el pueblo de Antioquía, procedimiento de soborno muy extendido dentro entre los eclesiásticos. Cirilo de Alejandría, que era inmensamente rico, era experto en este tipo de prácticas. Persiguen a Flaviano de mil maneras, obligándole a anatematizar el concilio de Calcedonia. Acabaron por expulsarlo de su sede episcopal, y

desterrándolo. Conocedor de la situación, el emperador, en 512, nombró a Severo, jefe de los acéfalos, como obispo de Alejandría. Siendo ya obispo, Severo se mostró cruel contra los que no aceptaban su comunión. Envío cartas sinodales al obispo Helías, que éste rechazó, consiguiendo, eso sí, el enfado del emperador. En el año 512-513 remitió a Jerusalem las cartas mediante cierto clérigo y fuerzas imperiales. Como muy bien puntualiza A. J. Festugière al comentar estos sucesos, esta narración es uno de los mejores ejemplos de la prosa de Cirilo, e indican magníficamente su método de trabajo. Los hechos sucedieron en 513-516, antes del nacimiento de Cirilo, que puede datarse en el año 524. Cirilo debió consultar los archivos del patriarcado, y recibió noticias de su amigo Juan el Hesycasta, que en el año 491 se encontraba en la Gran Laura.

Ante estos sucesos, Sabas marchó a Jerusalem junto a otros higumenos. Expulsaron a los sinodales de Severo y reunieron a una gran cantidad de gente de Jerusalem delante del Santo Calvario, que gritaba: «Anatema a Severo y a sus seguidores». La lucha bajo capa de religión se desarrollaba con gran ferocidad por ambas partes. Frecuentemente eran luchas por el poder. Las élites ascéticas participaban activamente en ellas. El griterío del tumulto llegó a oídos de los *agentes in rebus*, es decir, la policía militar encargada del buen funcionamiento del correo, de los transportes oficiales, pero que también podía efectuar detenciones. Severo, apoyado por el emperador, comenzó sus iniciativas durante el concilio de Calcedonia, pretendiendo que triunfara la heterodoxia de Eutiques. Arremetió contra los dogmas de la iglesia ortodoxa. Aprobaba el segundo concilio de Éfeso¹⁹ del 449, que equiparaba al primer concilio²⁰ de Éfeso celebrado en el año 431.

El emperador, lleno de rabia, ordenó a Olimpos de Cesarea, *dux* de Palestina, encargado de los asuntos militares en una determinada provincia, que construyera fortificaciones para defensa de los monasterios, con la finalidad de arrojar a Helías de la sede episcopal. Olimpos fue apoya-

¹⁹ W. H. C. Frend, *The Rise of Christianity*, Londres 1984, pp. 766-767, 769-770.

²⁰ R. Teja, *La «Tragedia de Éfeso» (431): Herejía y poder en la Antigüedad Tardía*, Santander 1995. F. M. Young, *From Nicaea to Calcedon*, Londres 1983. W. C. H. Frend, *A History of the monophysite Movement*, Cambridge 1972. R. L. Williams, *Arius. Heresy and Tradition*, Londres 1987. G. Fernández, *Aspectos del cristianismo en la Antigüedad Tardía. Atanasio de Alejandría y la iglesia egipcia en el siglo IV*, Madrid 1984 (trabajo inédito). Sobre la liquidación del arrianismo por Teodosio I: R. Teja, *El cristianismo primitivo en la sociedad romana*, Madrid 1990, pp. 210-210.

do en esta ocasión por una fuerza imperial. Usando maniobras y artificios, mostró la carta de Helías, dirigida al emperador, en la que desaprobaba las decisiones de Calcedonia. Se nombró obispo de Jerusalem a Juan, en 516, que había prometido admitir a Severo en su comunión y anatematizar el concilio de Calcedonia. Cuando Sabas y sus monjes oyen esta noticia, obtienen el compromiso formal de no recibir a Severo en su comunión, sino defender los postulados de Calcedonia. Al hilo de esta situación el emperador montó en cólera y envió a Anastasio, *dux* de Palestina, con el fin de que Juan recibiera a Severo en su comunión, lo que significa una nueva intromisión del emperador en asuntos estrictamente dogmáticos. Los habitantes de Jerusalem estaban furiosos. Estas luchas e intrigas ponían en pie de guerra a las gentes de Jerusalem.

Ya Osio, obispo de Córdoba, nacido en torno al 250, presidente del concilio de Nicea, 325, y mano derecha de Constantino en asuntos eclesiásticos, en carta dirigida al emperador Constancio en el año 386, se planteó que el emperador se debe abstener de actuar en la controversia arriana. Sostiene la separación de la Iglesia y el Estado, basándose en el evangelio de Mateo (22, 21). Ese consejo no fue siempre seguido. Las luchas entre unas facciones y otras de la Iglesia con el pretexto del dogma eran feroces y continuas. La calumnia estaba a la orden del día. Baste recordar las calumnias que Apolonio vertió contra Montano y sus seguidoras Prisca y Maximila (Hier, *de vir ill.* 40), que debieron ser refutados por Tertuliano en el libro VII de *Sobre el éxtasis*. Es imposible que Tertuliano, que era un rigorista, se adhiriera en la última etapa de su vida, a partir de 207, a una secta inmoral caracterizada por su rigorismo moral, como lo era la de Montano. Eusebio de Cesarea, en su *Historia Eclesiástica* (5, 16, 13-15) recoge algunos detalles sobre la muerte de Montano y Maximila, pero afirma no creerlos. Práxeas — según afirma Tertuliano en su obra *Adversus Praxeam*, escrita hacia el año 213— urdió falsas acusaciones contra Montano, y también contra Prisca y Maximila y sus iglesias, ante el obispo de Roma. Hipólito, en su *Philosophoumena* (9, 12) ataca duramente al obispo de Roma, Calixto (217-223), acusándole de moral laxa. Prisciliano, obispo de Ávila, fue otro de los grandes acusados falsamente, en un proceso que le llevó a la muerte en tiempos del usurpador Máximo, en 385 (Sulp. Sev., *Chron.* 2, 50, 8).

Famosa fue en la Antigüedad la condena de Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, por 29 cargos inventados (Foc. *Bibl.* 59) en el sínodo de la Encina, suburbio de Calcedonia, al que asistieron 36 obis-

pos, todos menos uno de Egipto, capitaneados por Teófilo de Alejandría, con la ayuda de la emperatriz Eudoxia, a la que Crisóstomo había atacado.

Volvamos de nuevo a nuestro escenario. El gobernador de Cesarea, Zacarías visitó secretamente a Juan y le conminó a que no aceptara a Severo en su comunión. He aquí una nueva intervención del poder civil, no sólo del emperador en asuntos eclesiásticos. El *dux* restableció al arzobispo en su sede. En realidad, la última palabra en estas luchas la tenía el poder civil. El arzobispo reunió durante la noche a los monjes, en número de 1000, en el convento de San Esteban. Se anatematizó a Nestorio, a Eutiques, a Severo, a Sotericos, y se animó a la gente congregada a aceptar los cuatro concilios. El *dux*, atemorizado por la actitud de las mujeres, se retiró a Cesarea. Hypatios, sobrino del emperador y comandante de las tropas —recién liberado de la cautividad en la que le había sumido Vitaliano en el año 514, después de la grave derrota de Odessos— que se encontraba en Jerusalem, entregó un donativo de 100 libras de oro a la Santa Anastasia, al Santo Calvario, a la Cruz, y a Teodoro y a Sabas otras 100 libras de oro para ayudar a los monjes. La liberalidad de los altos cargos del Imperio con los monjes y con las iglesias era enorme.

Anastasio, por su parte, se preparó a emplear la fuerza para desterrar al arzobispo Juan (*V. Sabas* 148, 5-152). Teodosio y Sabas reunieron a los monjes del desierto, y de común acuerdo enviaron una carta de protesta al emperador, carta que conoció Cirilo (*V. Sabas* 153, 15-158, 10). El emperador era el óptimo árbitro en las feroces luchas intestinas de la Iglesia, en las que no eran infrecuentes los actos violentos. Juan no fue depuesto de su sede episcopal de Jerusalem. Otros sucesos ocupaban en este momento la atención del emperador: los ataques de Vitaliano en 518.

El autor (*V. Sabas* 163, 1-14) de la *Vida de Sabas* cuenta algunos casos más de la relación entre Sabas y altos funcionarios. En Escitópolis un abogado de nombre Juan, hijo de un *compulsor* que era un enviado del ministro de finanzas, con plenos poderes para recaudación de impuestos, fue en busca de Sabas a casa del obispo, y se extendió largamente sobre el caso de Silvano el Samaritano, que tenía cierto poder sobre los dignatarios imperiales y que tendía trampas a los cristianos. Sabas profetizó que éste moriría abrasado por el fuego (*V. Sabas* 163, 4-14). Algunas personas de alto rango molestaban a los cristianos; y Sabas los atacó verbalmente.

En el año 529 estalló una gran revuelta de los samaritanos contra los cristianos, cometiendo crímenes, saqueos, incendios de iglesias y de casas, y torturando a las personas. Coronaron como rey a un tal Julián; degollaron al obispo de Neápolis, Mamonas, asesinaron a algunos sacerdotes y los abrasaron junto a las reliquias de los mártires. Los caminos regios eran intransitables. Las noticias de estos atropellos llegaron a oídos de Justiniano (527-565). Teodoro y Juan recibieron la orden de reunir tropas y marchar contra los samaritanos. Julián fue asesinado, y con él muchos samaritanos. Silvano, al carecer de una orden imperial, fue quemado vivo por los samaritanos atrincherados en el centro de la ciudad, cumpliéndose de este modo la profecía hecha por Sabas a Juan.

Magníficamente describe Cirilo en este episodio la ferocidad de la lucha y la intervención de Justiniano con el fin de sofocar la revuelta, así como la participación de elementos del clero (*V. Sabas* 172, 1-20-173, 1-20).

Sabas volvió otra vez a Constantinopla, a pedir a Justiniano la condonación de los impuestos de la Palestina I y II, debido a la devastación y a las muertes producidas por los samaritanos (*V. Sabas* 173, 5-10). Justiniano, al enterarse de la llegada de Sabas, tuvo una deferencia con él —exponente de la gran estima que le tenía— enviando las galeras imperiales a recibirlo en un punto del Bósforo, en 531. Salieron desde Constantinopla a su encuentro el patriarca Epífanos, el papa Eusebio y el obispo de Éfeso, Hypatios. Este último dato prueba el gran prestigio del asceta entre los altos cargos eclesiásticos. Introducido Sabas en la sala, en compañía de los citados obispos, el emperador recibió de sus manos la petición de los palestinos y le invitó a entrar con él en su apartamento para que bendijera a la Augusta Teodora, signo también de gran confianza y estima. La Augusta señora pidió a Sabas que rogara a Dios para quedar encinta. Esta era una petición que hacían las mujeres a Sabas (y ello es extensivo a otros ascetas) con cierta frecuencia. Sabas no accedió a la petición porque la Augusta era monofisita. Sabas era muy intransigente en este punto.

Los padres recibieron el permiso para alojarse en el real palacio. Otra deferencia del emperador, quien recibió de Sabas las peticiones de las iglesias de Palestina.

Justiniano emitió un decreto en el que se instaba a que los samaritanos depusieran las armas, que fueran arrojados de su territorio, y quedaban imposibilitados de transmitir sus bienes a otras personas bajo la forma de regalo (*V. Sabas* 171, 10-174, 20).

Los emperadores bizantinos fueron unos grandes protectores materiales de la Iglesia. Justiniano no iba a ser menos. Prometió dar dinero a las mujeres, según sus necesidades, dinero que Sabas (*V. Sabas* 175, 1-2) rechazó. En cambio, sí le pidió colaboración económica para la restauración de las iglesias de Palestina y otros edificios sagrados quemados o destruidos por los samaritanos, así como la condonación de los tributos. También solicitó al emperador la fundación de un hospital en Jerusalem para acoger a los peregrinos que iban la ciudad santa y para los enfermos, así como la construcción de una nueva iglesia consagrada a la Madre de Dios, de la que el arzobispo Helías había puesto ya los cimientos. Aun añadió otra petición: que ordenase al jefe de la guarnición militar palestina (citado ya en *V. Sabas* 168, 11) construir una fortificación en el desierto. Sabas solicitó al emperador, por tanto, sólo bienes materiales. Añadió que se distanciara de las herejías de Arrio y de Nestorio, y de la de Orígenes (*V. Sabas* 171, 10-24). El asceta animó al emperador a que interviniera sin temor en asuntos religiosos relacionados con el dogma cristológico.

La intervención de los emperadores bizantinos en asuntos del dogma cristiano viene motivada por las luchas de las diferentes facciones en litigio que buscaban el apoyo institucional de la más alta autoridad civil, y eso mismo fue lo que hizo Sabas.

El emperador accedió a esas peticiones (*V. Sabas* 176, 24-177). Mandó órdenes al obispo Pedro y a los gobernadores de Palestina para que transmitieran a Antonio, obispo de Ascalón, y a Zacarías, que lo era de Pella, que hicieran un informe sobre los edificios quemados por los samaritanos en Palestina I y II. También transmitió la decisión de la condonación de los impuestos de los años 9 y 10, en total unas 1.300 libras. Luego dispuso Justiniano que estos obispos inspeccionasen las iglesias que habían sido quemadas y que evaluaran la inversión económica que había que aplicar para su restauración, así en cada iglesia una por una, y que estas sumas saldrían del tesoro público o de los bienes legítimos de los samaritanos.

Justiniano no sólo concedió a Sabas cuanto le pidió, sino hacía extraer del erario público el dinero para sufragar los gastos ocasionados por las peticiones de los obispos. Igualmente, a tenor de la santidad de Sabas, el emperador dispuso la fundación de un hospital en el centro de Jerusalem, con 100 camas. Esta fundación social, como indicó A. J. Festugière, tiene precedente en la fundación que la emperatriz Eudoxia hizo en Gaza para albergar durante tres días a los peregrinos (*V. Porph.* 53, 6-8).

Otros monjes de Palestina, como Teodosio (*V. Theod.* 238, 1-23) construyeron una hostelería. El caso de Teodosio es significativo. Acadios, recién llegado de Bizancio, encuentra a Teodosio en una gruta y le dejó a la puerta una bolsa llena de monedas de oro. Cada año le enviaba una suma fija de monedas, con las que Teodosio construyó la hospedería para recibir a los que le visitaban. En la *Vida de Teodosio*, escrita por Teodoro de Patra, se lee (*V. Theod.* 39, 4-20) que el asceta daba alimentos suficientes a todos los peregrinos. Dirigía hospitales y casas para acoger a los enfermos (*V. Theod.* 40, 16-21). El Estado no prestaba estos servicios, que sí trataba de suplir la Iglesia²¹. Justiniano dotó a este hospital con unos ingresos de 1850 sólidos de oro, libres de impuestos. Pronto el hospital contó con 200 camas. El emperador envió un arquitecto para levantar una nueva iglesia consagrada a la Virgen María, ordenando a los *tractores* de Palestina entregar las sumas necesarias para ello. Nombró a Baracos, obispo de Bakatha, presidir los trabajos de construcción. La iglesia fue acaba al cabo de 12 años.

La quinta petición de Sabas fue, del mismo modo concedida por Justiniano. Dio órdenes para que se librara el dinero suficiente, procedente de los fondos públicos de Palestina, para construir un fuerte en el desierto. También se asignó a este fuerte una dotación militar con el fin de guardar los monasterios de Sabas. Este párrafo demuestra el gran poder de los líderes del ascetismo ante los emperadores. Por lo que sabemos, éstos estaban dispuestos a acceder a sus peticiones debido al gran prestigio del que gozaban ante el público. Al poder político le interesaba estar a bien con un poder fáctico (el religioso) capaz de conseguir la paz social o de subvertirla. Abusando de esta concepción política del Estado, la Iglesia, siempre que podía, sangraba económicamente al erario público (*V. Sabas* 176, 22-178, 1-12). Las órdenes imperiales se hacían públicas (*V. Sabas* 179, 26), en este caso en Jerusalem.

La riqueza de la Iglesia al final del Bajo Imperio era proverbial. Nilo de Ancira, archimandrita de un monasterio próximo a esa ciudad, discípulo de Juan Crisóstomo, en su obra titulada *De voluntaria paupertate*,

²¹ A. R. Hands, *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres 1968. A. Giardina, «Carità eversiva. La donazioni di Melania la Giovane e gli equilibri della società tardoromana», *Studi Storici* 29, 1988, pp. 127-142. A. Cecconi, «Un evergeta mancato: Piniano a Ippona», *Athenaeum* 66, 1988, 371-389. J. M. Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios a final de la Antigüedad*, pp. 366-388.

60, arremete contra las enormes propiedades y grandes rebaños de ganado que poseían las instituciones religiosas. Este tratado debe datarse poco después del año 426 ó 427. Según este autor, el deseo de riqueza se extendía cada día más y era una apostasía del primitivo ideal monástico. En otro tratado del mismo autor, titulado *De monastica exercitatione* (6-7), dirigido a los cenobitas, se afirma que los monjes de su tiempo no tenían el mismo celo por los pobres que tuvieron los fundadores del monacato.

Juan Hesicasta

En otras vidas de ascetas ilustres salidas de la pluma de Cirilo de Escitópolis, se leen otros datos interesantes relativos al contenido de este trabajo.

Juan Hesicasta había nacido en Nicópolis de Armenia, de ascendencia noble. Su padre había ocupado varios cargos políticos, mandos militares, magistraturas municipales, y otros puestos en la corte imperial (*V. Ioan.* 201, 9-12). Juan se vio obligado a dejar el obispado de Colonia, que ostentaba, por causa de la política seguida por su cuñado, Pasinicos, gobernador de Armenia, que perturbaba a la iglesia de Juan, y no permitía a los cancilleres de las diócesis cuidar de los asuntos eclesiásticos. Sacaba por la fuerza a los que se refugiaban en la iglesia y negaba el asilo en estos edificios. El obispo le amonestó por esta conducta. Para solucionar el asunto no le quedó más opción que acudir a Constantinopla, a donde llegó en los últimos tiempos del reinado de Zenón, poco antes del 491, y pudo arreglar todos los problemas de la Iglesia con la ayuda de Eufemio, arzobispo de Constantinopla. Los asuntos se solían arreglar con el arbitraje directo del emperador, y con la ayuda del arzobispo de Constantinopla, en este caso Eufemio. El emperador era el único que podía solucionar los asuntos graves, ante los desmanes frecuentes del poder civil provincial (*V. Ioan.* 203, 16-204, 1-5).

Teodosio

En la *Vida de Teodosio* se puede leer (*V. Theod.* 240, 20-25) la donación de Mamas, cubiculario del emperador Anastasio y después *praepositus sacri cubiculi*, con cuya ayuda Sofronios, después de la muerte de

Teodosio, amplió cuatro veces el monasterio. Terminó la iglesia dedicada a la Madre de Dios. Aquí vemos, por tanto, a uno de los más altos funcionarios del palacio imperial ofrecer a un asceta una fuerte cantidad de dinero. Lo más frecuente es que lo hiciera el emperador en persona.

Teodosio, archimandrita del desierto

Este asceta fue desterrado por el emperador Anastasio (69, 4-10) por hacer grabar en los dípticos consulares los nombres de los concilios de Nicea, de Éfeso y de Calcedonia. Antes había tenido un primer choque con el emperador Anastasio por la defensa de la fe ortodoxa (54-69), quien había desterrado a algunos obispos; a otros los atemorizó, intentó sobornarlos o bien doblegarlos por medio de honores o de súplicas.

El autor describe brevemente alguno de los grandes cánceres de la sociedad de ese momento, la intromisión del poder civil en la Iglesia y el uso común del soborno. Los grandes líderes de la Iglesia, como Cirilo de Alejandría, invirtieron grandes sumas de dinero en sobornar a las gentes poderosas de Constantinopla, repartiendo 2.500 libras de oro, según se rumoreaba; o en comprar a los obispos que iban a participar en el concilio de Éfeso, para que votaran sus propuestas. Está claro que los opositores de Cirilo harían otro tanto²².

Anastasio, con 30 libras de oro, destinados en principio a socorrer a los pobres y a los huérfanos, pensaba alcanzar sus deseos. El emperador se oponía al concilio de Calcedonia y a los precedentes. Teodosio y los higumenos del desierto enviaron una carta al emperador, quien contestó echando la culpa a ciertos monjes y clérigos.

Un nuevo decreto imperial contra la ortodoxia motivó un nuevo encontronazo contra el emperador, defensor de la fe no ortodoxa. A partir de la política de Teodosio el Grande, la teología era un deber de Estado y la vida pública estaba desgarrada por efecto de las herejías.

El archimandrita Teodosio recibió visitas de altos funcionarios del Estado, como el *comes Orientis* Cericos, quien, en una segunda visita,

²² M. G. Guillén Pérez, *Problemática eclesiástico-política en torno a la participación episcopal en el concilio de Éfeso del año 431*, Murcia (en prensa). Sobre los sobornos en el Bajo Imperio: R. MacMillan, *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven 1988.

agradeció al asceta una victoria contra los persas obtenida con sus oraciones. Los ascetas participaban, según sus posibilidades, en las campañas militares.

Abraamios

Cirilo de Escitópolis escribió también la *Vida de Abraamios*, nacido en Emesa de Siria. Primero estuvo como monje en un monasterio de Constantinopla. Un *comes sacrarum largitionum*, nacido en Flaviópolis de Bitinia, de nombre Juan, decidió construir un monasterio en esta ciudad, donde se situaba seguramente la tumba de sus padres, y donde su hermano Platón era obispo. Pidió al higumeno de Abraamios que le permitiera ponerse al frente del monasterio, lo que su superior le concedió. Fue nombrado higumeno del nuevo convento, cargo que ejerció durante 10 años. En esta narración, pues, se da noticia de la fundación de un monasterio por un alto funcionario imperial (*V. Abr.* 244, 14-29).

Munificencia imperial con los monasterios

Los emperadores contribuyeron a la fundación de monasterios. Así, Honorio y Arcadio enviaron donativos cuantiosos, en oro, a través de Rumelius, el eunuco jefe de la cámara de Arcadio, al monasterio de Tur^cAbdin. Se mandó construir un gran edificio al sur del templo de Mor Samaniel. Los emperadores costearon otros edificios de gran tamaño, uno al norte y otro al sur del templo.

A la munificencia de Teodosio II se atribuía la llamada «Casa de la Eternidad», que eran sepulcros; también la iglesia de la Madre de Dios, la Casa de los Mártires, la Casa de los Apóstoles, y el templo de los 40 Mártires de Sebaste²³.

Melania la Joven y el poder imperial

Melania la Joven (383-439), por cuyas venas corría sangre hispana, nieta de Melania la Vieja, muerta en Jerusalem en el año 410, tenía uno

²³ A. Palmer, *Monk and mason on the Tigris frontier. The Early History of Tur^cAbdin*, Cambridge 1990, pp. 49-72.

de los mayores capitales del Imperio, ya que percibía una rentas anuales de 12.000 libras de oro, y otro tanto su esposo Piniano (*V. Mel.* 15). Tenía posesiones en Hispania, Campania, Sicilia, África, Mauritania, Britania y otras provincias (*V. Mel.* 11). Para poder practicar el ascetismo acudió directamente a la emperatriz Serena, quien la prometió llevar el caso a su esposo Honorio para que decretase que los bienes de Melania que se vendieran en las operaciones estuvieran supervisadas por los gobernadores provinciales y por los magistrados, con la orden de que el dinero obtenido le fuera remitido. Era necesaria la autorización de los magistrados para alienar los bienes de los menores (*C. Th.* II, XVII, 1), obtenida de la *venia aetatis*. En este caso concedió el emperador a Melania la Joven el favor de designar a los magistrados como agentes directos de la venta (*V. Mel.* 12). En la visita a la emperatriz Serena, Melania le regaló una peluca de gran precio, vasos de cristal y otros adornos, anillos, objetos de plata, vestidos de seda para que los regalara a los fieles eunucos y a los oficiales cubicularios (*V. Mel.* 11). Las pelucas estuvieron ya de moda²⁴ durante la dinastía de los Severos, como lo prueban los retratos de las emperatrices Julia Domna figurando como Ceres, procedente de Ostia, o del Museo de Munich, o la dama desconocida de la Ny Carlsberg Glyptotek de Copenhague, o del tetrápilo de Leptis Magna. Los vasos de cristal serían del tipo de las diatretas, como la conservada en el MAN de Madrid. Los anillos serían de oro decorados con gemas, como el ejemplo de anillo con Victoria fechado en el s. IV²⁵. Los objetos de plata podrían ser brazaletes, como uno de origen desconocido²⁶ fechado en torno al 400 o los colgantes con escena de matrimonio y amuleto, de comienzos del s. V²⁷, o el colgante con gema gnóstica de la misma fecha²⁸. Los vestidos de seda eran muy usados por la aristocracia del Bajo Imperio (*V. Mel.* 62). La misma Melania (*V. Mel.* 4) los llevaba. Jerónimo (*Ep.* XXXVIII, 5) da como un rasgo que caracteriza al monje no vestir traje de seda. Olimpiade, la patricia de Constantinopla, hija espiritual de Crisóstomo (*Pall. HL.* 61, 156), regaló sus vestidos de seda a las iglesias.

²⁴ A. García y Bellido, *Arte romano*, Madrid 1979, pp. 551, 565, figs. 971-972, 980, 995. Precisamente Clemente de Alejandría menciona las pelucas como objeto de moda de las mujeres de esta época.

²⁵ K. R. B, en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 303-304.

²⁶ K. R. B, en K. Weitzmann, *op. cit.*, p. 307.

²⁷ K. R. B, en K. Weitzmann, *op. cit.*, pp. 307-309.

²⁸ K. R. B, en K. Weitzmann, *op. cit.*, p. 309.

Melania, ya asceta en Palestina (*V. Mel.* 50) viaja a Constantinopla para convertir a su tío Rufius Antonius Agrypinus Volusianus, que era pagano, y que había desempeñado altas magistraturas como el proconsulado de África. Fue *quaestor sacri palatii*; en 416 y 426, *praefectus Urbis*; en 428-429, *praefectus praetorio*; en 436, embajador de Valentiniano III²⁹. En 436 Teodosio II y Eudocia habían desposado a su hija con Valentiniano III. En Constantinopla, Melania estuvo relacionada con Eudocia, con Eudoxia y con Pulqueria, que había sido regente (*V. Mel.* 56). Melania también entabló relaciones espirituales con el emperador Teodosio II, al que convenció de que permitiera a su esposa visitar Tierra Santa. Eudocia (*V. Mel.* 58) peregrinó a Palestina, donde saludó a Melania, visitó su monasterio, y trató a las vírgenes como hermanas. La emperatriz pidió que la deposición de las reliquias en el *martyrium* de Melania se celebrara en su presencia. Melania acompañó a la emperatriz hasta Cesarea (*V. Mel.* 59) haciéndose ambas muy amigas espiritualmente.

Todas estas relaciones indican la alta estima de que gozaba Melania la Joven en la corte imperial.

Relaciones de Jerónimo con el senador Pammaquio

Jerónimo mantuvo correspondencia (*Ep.* XLVIII-XLIX, LVII, LXVI, y la LXXXIII de respuesta) con Pammaquio, muerto en 410, que fue compañero de estudios de Jerónimo. Casó con una hija de Paulina. Desempeñó importantes cargos³⁰, como senador y procónsul. Poseía grandes extensiones de terreno en Numidia. Jerónimo arremetió violentamente contra Joviniano en su *Contra Iovinianum*, escrito en 393, que defendía la igualdad de méritos para todos los cristianos, y no distinguía entre casados y vírgenes. Jerónimo, que era un exaltado, escribió contra Joviniano un panfleto tan feroz que Pammaquio se vio obli-

²⁹ J. R. Martindale, *op. cit.*, pp. 1184-1185. Sobre la pervivencia del paganismo: A. Cameron, «Paganism and literature in fourth-century Rome», *Christianisme et formes littéraires de l'Antiquité tardive*, Guinche 1976, pp. 1-40. J. M. Blázquez, «La vida estudiantil en Beyruth y Alejandría a final del siglo V según la *Vida de Severo* de Zacarías Escolástico. Paganos y cristianos (1)», *Gerión* 16, 1998, 415-436. P. Chauvin, *A Chronique of the Last Pagans*, Cambridge 1990.

³⁰ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.* vol. I, p. 663.

gado a retirarlo de la circulación, pues perjudicaba gravemente la reputación de Jerónimo.

El asunto de Joviniano motivó una fuerte tormenta en Roma contra el monje de Belén, a quien se acusaba de condenar el matrimonio. Jerónimo quería refutar las tesis de Joviniano que son las siguientes: Vírgenes, viudidad y casadas tienen el mismo merecimiento; los renacidos por el bautismo no pueden ser derribados por el demonio. No hay diferencia entre abstenerse de los alimentos o tomarlos dando gracias, y los que guardan el bautismo tendrán idéntica recompensa en el cielo. Para Jerónimo la situación religiosa era tan peligrosa que se vio obligado a escribir una apología de su conducta (*Ep.* XLIX).

La carta LVII trata de un asunto importante para Jerónimo: la mejor manera de hacer una traducción. En la carta LXXXII Pammaquio y Océano piden a Jerónimo que traduzca la obra *Peri archon* de Orígenes, primer manual de dogma, escrito entre 220-230, libre de añadidos. Circulaba por entonces la traducción comentada de Rufino, que había sido gran amigo de Jerónimo en su juventud y ahora eran acérrimos enemigos.

La carta LXXIX, escrita en 399 a Pammaquio y a Océano, trata también el problema origenista, candente en aquel momento, al igual que la XCVII redactada a comienzos del 402. La correspondencia entre Jerónimo y el senador Pammaquio trata de problemas internos del cristianismo y no se piden mutuos favores. Son documentos importantes para conocer las luchas feroces entre los cristianos por lo que se creía la ortodoxia. Jerónimo, que fue un origenista (*de vir. ill.* 75) pronto cambió de bando y se hizo adversario enconado del gran alejandrino, muerto en 254 probablemente. Orígenes³¹ fue, antes que Jerónimo³², una figura controvertida. Ya Gregorio el taumaturgo, alumno suyo, pronunció un discurso encomiástico sobre la personalidad de Orígenes, y Pánfilo de Cesarea redactó una apología en favor de Orígenes en seis libros, de los que queda sólo el primero en una versión de Rufino. La *Filocalia* son fragmentos entresacados de la obra de Orígenes, recogidos por Gregorio de Nacianzo y por Basilio con fines veladamente apologéticos. Las disputas sobre

³¹ H. Crouzel, *Origènes et Plotin, comparaison doctrinales*, París 1992. J. Danielou, *Origène*, París 1948. P. Nautin, *Origène, sa vie et son oeuvre*, París 1977.

³² J. N. D. Delly, *Jerôme*, Londres 1975. ST. Rebenich, *Hieronymus und seine Kreis*, Stuttgart 1992. AA. VV., *Jerôme entre l'Occident et l'Orient*, París 1988.

la teología de Orígenes se agudizaron en torno a los años 300, 400 y 550. Primeramente fue atacado por Metodio de Filipos y por Pedro de Alejandría. La doctrina fue rechazada por Epifanio de Salamina y por Teófilo de Alejandría en torno al 400. Epifanio logró que le condenase un sínodo celebrado en las proximidades de Constantinopla. Estos ataques condenatorios fueron funestos para la Iglesia, que quedó privada del influjo del pensamiento del mayor sabio de la Iglesia antigua anterior a Agustín y uno de los mayores metafísicos del mundo de todas las épocas, en frase de Momigliano. Porfirio, el más duro enemigo de los cristianos, que trató personalmente a Orígenes en su juventud, reconoce que su cultura griega enciclopédica era impresionante (Eus. *Hist. Eccl.* VI, 19, 7-8). Jerónimo (*Ep.* XXXIII) enumera los títulos de 800 obras de Orígenes. Según el monje de Belén (*adv. Ruf.* 2, 22) el número de tratados llegaba a 2000. Epifanio (*Haer.* 64, 63) calcula en 6000 sus escritos. Todavía en vida del asceta Sabas el problema de Orígenes estaba vivo entre los monjes (*V. Sabas* 121, 22-125; 188-190).

Altos funcionarios ascetas en la *Historia Lausiaca* de Paladio

La *Historia Lausiaca* de Paladio es una fuente inagotable sobre los comienzos del monacato. Escrita hacia el 419-420, se dedicó a Lauso³³, chambelán de Teodosio II. En ella se menciona a varios personajes que desempeñaron altos cargos en la administración del Imperio y que se hicieron monjes.

Paladio recuerda a una virgen cuñada del ex prefecto Rufino (*HL.* 55, 1)³⁴. Olimpiade era hija del *comes* Seleuco³⁵ y nieta del ex prefecto Ablatio³⁶, esposa de Nebridio, que fue prefecto de la ciudad³⁷. El esposo de Melania la Joven, Piniano, que después se dedicó al ascetismo, era hijo de Severo, prefecto de Roma³⁸. Macario, vicario imperial³⁹, siguió el ejemplo de Pammaquio, al igual que Constancio, consejero de los pre-

³³ J. R. Martindale, *op. cit.* p. 660.

³⁴ J. R. Martindale, *op. cit.* p. 953.

³⁵ J. R. Martindale, *op. cit.* pp. 987-988.

³⁶ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.*, pp. 3-4.

³⁷ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.*, p. 619.

³⁸ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.*, p. 837.

³⁹ J. R. Martindale, *op. cit.*, p. 698.

fectos de Italia. El caso más famoso de altos funcionarios del Imperio que se dedican al ascetismo es el de Pammaquio y su esposa, que cedieron su espléndida casa de Roma a los pobres (Hier. *Ep.* LXVI, 5) y fundaron en el Tíber, en Portus Romanus, un hospital sin precedentes en el tiempo. A estos nombre podemos añadir el de Vero⁴⁰ que había sido *comes*. En todos estos casos se trata de aristócratas con cargos públicos que dejaron sus puestos influyentes para dedicarse a la ascesis. Todavía es posible espigar algún otro caso, en la *Historia Lausiaca*, de magistrados imperiales y de monjes. Se trata del exilio a la ciudad de Diocesarea, en Palestina, ordenado por el prefecto de Alejandría, de los monjes Isidoro, Pisinio, Adelfio, Pafnucio, Pambo, Ammonio, y doce obispos presbíteros, que fueron liberados por la mediación de Melania la Vieja. Es un caso más de intervención de una magistratura en la vida de los monjes. Se ignora la causa del destierro de los monjes mencionados.

Relaciones entre los emperadores bizantinos y el monacato

En la historia de Tur 'Abdin es posible espigar algunos otros datos sobre las relaciones de los emperadores bizantinos con los monjes. Durante el reino de Teodosio II los superiores de los monasterios, situados en el lado este del Imperio, alcanzaron considerable influencia⁴¹. En las Actas del Concilio de Éfeso, celebrado en 449⁴², se cita a Jacobo, monje procedente de un monasterio de la región este, que por sugerencia del emperador, testimonió contra Ibas. Otras veces, los emperadores, como Marciano (451-457), predecesor de Zenón (479-491), persiguieron a los monasterios como al de Beth Gawgal⁴³. Este último emperador mantenía buenas relaciones con los monasterios situados en la parte superior de la Tigrítana⁴⁴.

Zenón hizo donativos importantes al monasterio situado en las proximidades de Amida⁴⁵. Anastasio (491-518) se menciona junto a Teodosio

⁴⁰ A. H. M. Jones, J. R. Martindale, *op. cit.*, p. 953.

⁴¹ A. Palmer, *op. cit.*, p. 73.

⁴² A. Palmer, *op. cit.*, p. 78.

⁴³ A. Palmer, *op. cit.*, p. 146 n. 168.

⁴⁴ A. Palmer, *op. cit.*, p. 50 n. 18.

⁴⁵ A. Palmer, *op. cit.*, p. 52.

II en el *Calendario de Tur 'Abdin*, como benefactores y también en la *Trilogía de Qartmin*. Están recordados en el *Libro de la Abadía*⁴⁶.

El emperador Justiniano en el 520 autorizó la vuelta a los monasterios de la ciudad a los monjes⁴⁷. Justiniano II en el año 567, por gestión de los monofisitas residentes en la capital, procuró reconciliar a los monjes de Mesopotamia con la religión del emperador enviando al patricio Juan a convocar un concilio en Kallinikos. Los emperadores bizantinos favorecieron a los monasterios, en general. En las luchas posteriores al concilio de Calcedonia los emperadores intervinieron persiguiendo o desterrando a los monjes contrarios a su credo.

Relaciones entre el monacato y la magistraturas imperiales en la vida de Zacarías Escolástico

Esta vida es el documento más importante para conocer el ambiente estudiantil de las dos grandes ciudades de Oriente, Beyruth y Alejandría a finales del s. V. Se pueden espigar en esta vida algunos datos sobre el carácter de las relaciones de los monjes con las altas magistraturas del Imperio. Así, el asceta Salomón y los monjes pusieron en conocimiento del prefecto de Egipto las agresiones de que eran objetos con motivo de su oposición al paganismo, condenado desde hacía un siglo por las leyes del Imperio. Por consejo del Patriarca de Alejandría, Salomón acudió al *defensor ciuitatis* para que el sacerdote pagano revelase las maquinaciones (*Vita Severi*, 24-26).

En las luchas feroces de Nefalios, monje de Alejandría contrario al Credo de Calcedonia, que sublevó al pueblo y a 30.000 monjes dispuestos a entrar en Alejandría, el emperador mandó al eunico Cosmos en socorro de los despedidos de los monasterios. Nefalios presionó a muchos palaciegos para que le ayudaran a ser nombrado ecónomo de una iglesia. El emperador se enfureció con Nefalios por su actitud. Los ascetas arrojados de los monasterios contaron al emperador las injusticias que se habían cometido con ellos. Severo en este asunto fue apoyado por el ex-cónsul Clementino y por el cubiculario Eupraxios.

⁴⁶ A. Palmer, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴⁷ A. Palmer, *op. cit.*, p. 81.

El emperador ordenó al *magister* que se admitiera a los monjes en sus monasterios. Escribió una carta sobre el dogma a los que estaban al frente de los monasterios y les exhortó a la unión de la Iglesia. El emperador también intervino en las feroces disputas originadas por el Concilio de Calcedonia.

El interés de los miembros de la corte imperial por el dogma era grande, como lo indica la consulta que uno de los eunucos imperiales, Eufraasio, hizo a Severo (*Vita Severi* 100-105).

Severo combatió otras tendencias dogmáticas, como la de Macedonio, ante los jueces nombrados por el emperador, que lo que buscaba era la paz de la Iglesia. Por este motivo, animó a Severo a estar en buenas relaciones con Timoteo, sucesor de Macedonio⁴⁸.

⁴⁸ J. M. Blázquez, "La vida estudiantil en Beyruth y en Alejandría a finales del s. V, según la *Vida de Severo* de Zacarías Escolástico. Paganos y cristianos (II)", pp. 319-530. Sobre la cultura siríaca es fundamental: S. Brock, *Syrian Perspectives on Late Antiquity*, Londres, 1984; id., *Studies in Syriac Christianity*, Londres, 1992, y P. Brock y S. Ashbrook Harvey, *Holy Woman of the Syrian Orient*, Berkeley, Los Angeles, 1987. Agradezco al Profesor A. González Blanco la bibliografía prestada para este trabajo, que ha sido muy útil.